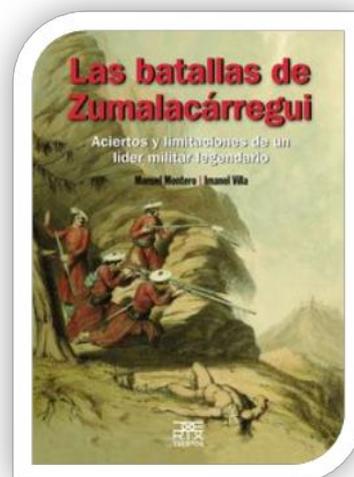


RESEÑAS.

Manuel MONTERO e Imanol VILLA. *Las batallas de Zumalacárregui. Aciertos y limitaciones de un líder militar legendario*, San Sebastián, Txertoa, 2012, 260 pp.

Juan Pedro Recio Cuesta
Universidad de Extremadura/GEHCEX

Cuando en este 2013 se cumplen 180 años de vida del Carlismo, la figura de “aquel brillante militar que supo organizar como un ejército a unas partidas de guerrilleros hasta entonces dispersas”¹, don Tomás de Zumalacárregui e Imaz, sigue siendo objeto de estudio. Y es que, la producción sobre su vida y obra que ya empieza desde los años inmediatamente posteriores a su muerte, llega hasta nuestros días, dando lugar a escritos bien desde el punto de vista histórico² o en el terreno literario³.



Y, ¿por qué se ha escrito tanto sobre un general que combatió durante poco más de un año— octubre de 1833 y junio de 1835- en una guerra que, en su totalidad, duró casi siete? La respuesta es clara, ya que “contribuyó como nadie a hacer del País Vasco

¹ MONTERO, M. y VILLA, I. (2012), *Las batallas de Zumalacárregui. Aciertos y limitaciones de un líder militar legendario*, Txertoa, San Sebastián, p. 12.

² Entre las biografías, en las que en ciertos episodios o hechos de su vida la figura del general aparece ensalzada, caben destacar: ZARATIEGUI, J. A. D. (1845), *Vida y hechos de Don Tomás Zumalacárregui*, París, y MADRAZO, F. (1844), *Historia militar y política de Zumalacárregui y de los sucesos de la guerra de las provincias del Norte, enlazados á su época y á su nombre*. También su figura es analizada en la monumental obra del historiador liberal PIRALA, A. (1984), *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista*. Turner, Historia 16, Madrid. Y entre la producción historiográfica más reciente, son destacables los siguientes títulos: DEL RÍO ALDAZ, Ramón, “Zumalacárregui, ¿genio militar o tuerto en tierra de ciegos?”. En: *Revista Trienio*, nº 40, noviembre 2002, pp. 81-104; FERNÁNDEZ, Gilbert G., “El liderazgo militar de los carlistas durante la primera guerra carlista: el papel del general Tomás de Zumalacárregui, 1833-1835”. En: *Aportes*, Madrid, nº 13, junio, 1990; BULLÓN DE MENDOZA, A. (1992), *La Primera Guerra Carlista*, Actas, Madrid, o TUDELA, M. (1985), *Zumalacárregui: la primera guerra del norte*, Sílex.

³ El ejemplo más evidente, aunque no el único, es el tratamiento que encontramos en: PÉREZ GALDÓS, B. (2008), *Episodios Nacionales: Zumalacárregui*, Alianza Editorial, Madrid.

el principal enclave del carlismo”⁴. En esta nueva contribución, el catedrático Manuel Montero y el doctor Imanol Villa, ambos pertenecientes al área de Historia Contemporánea de la Universidad del País Vasco, plantean numerosos interrogantes sobre la figura de Zumalacárregui, sin olvidar el contexto que rodeó su vida: ¿tuvo clara su vocación guerrera desde su infancia?, ¿tuvo importancia su papel militar antes de la Primera Guerra Carlista? o ¿fue verdaderamente “un caudillo genial” como la mayoría de sus biógrafos plasmaron?, son algunas de las cuestiones que se abordan en el libro.

La obra arranca con un marco general, decisión acertada para introducir al lector ya que muestra el contexto que rodeó los primeros años de vida de Zumalacárregui, quien nació en Ormaiztegui el 29 de diciembre de 1788 en el seno de una familia que “se ajustaba al perfil de aristocracia local guipuzcoana que había prosperado durante el Antiguo Régimen”⁵. Se subraya que hasta 1808 no existen fuentes fiables, aunque sí es cierto que en un principio no se había inclinado hacia el ejército, carrera que comenzaría en una etapa posterior de su vida. En el trasfondo de esta descripción familiar subyace un escenario de tensiones políticas, sociales y económicas, siendo la Guerra de la Convención (1793-1795), la Guerra de la Independencia (1808-1814) o los vaivenes absolutistas en los primeros años de un emergente y frágil Estado liberal los hitos más destacables, y todo ello girando en torno al enfrentamiento entre dos concepciones diferentes de entender el mundo, o lo que los autores denominan la “lucha entre dos formas de entender el poder y de organizar todas las esferas de la sociedad española, tanto las públicas como las privadas”⁶; disputa que sería más que evidente, encabezada por la causa de la legitimidad, en la Primera Guerra Carlista.

Como antecedentes, y antes de que estallase el conflicto dinástico, a la vez que el ambiente iba enrareciéndose paulatinamente, se tratan las intrigas palaciegas y los bandos en la corte que presagiaban el choque entre esos dos sectores. En ese marco de turbulencias se narra cómo el guipuzcoano, antes de la entrada en escena como general de los carlistas, ocupó puestos del ejército aunque no de demasiada relevancia, pero sí destacó “por su entrega militar, sus dotes organizadores y cierta severidad”⁷. Poco a poco, se va ofreciendo al lector un Zumalacárregui que se forja como militar luchando

⁴ MONTERO, M., y VILLA, I. (2012), *Op. cit.*, p. 13.

⁵ MONTERO, M. y VILLA, I. (2012), *Op. cit.*, p. 64.

⁶ *Ibidem*, p. 54.

⁷ *Ibidem*, p. 87.

contra los franceses en la partida de Gaspar de Jáuregui, el *Pastor*, -etapa clave en su formación militar-pasando, al finalizar el conflicto y en los años posteriores, al puesto de capitán archivero de la Capitanía General de las Vascongadas, como encargado de organizar diferentes Batallones de Voluntarios o como gobernador militar de El Ferrol, cargo del que sería destituido en las vísperas de la sublevación carlista. Así pues, aquel guipuzcoano en un principio orientado a las letras, iba labrando su carrera como militar.

Y es a partir de aquí cuando aparece el Zumalacárregui netamente militar. Tras enrolarse en la causa legitimista, aunque no siendo de los primeros en hacerlo –Montero y Villa se preguntan por qué tardó en decidirse en los momentos clave -, rápidamente ascendería hasta la cúspide militar del frente del norte al quedarse huérfano el carlismo navarro tras el fusilamiento de Santos Ladrón de Guevara el 10 de octubre de 1833. En él recayó la difícil labor de organizar un ejército a partir de unos voluntarios, carentes de disciplina e inexpertos en la guerra, que se sumaban a la causa en los diferentes pueblos. Con Zumalacárregui en el mando, los carlistas jugarían “al engaño, a la provocación y a forzar marchas y contramarchas”⁸ practicando un tipo de guerra de guerrillas y llevando al enemigo a un terreno más favorable. De este modo, las Améscoas se convertirían en el fortín carlista. Y es que, como señaló Sun Tzu, el “supremo Arte de la Guerra es someter al enemigo sin luchar”⁹; y esto era lo que estaban haciendo los carlistas. A su vez, la importancia de la adhesión, tanto de las capas civiles como de las religiosas, a la causa de don Carlos en las provincias del norte también tiene su espacio en este apartado.

Otro de los retos que tuvo que afrontar el guipuzcoano fue conseguir armas – logró tomar la Real Fábrica de Armas y Municiones de Orbaizeta-, aspecto clave si quería hacer frente, en campo abierto, a la maquinaria de guerra liberal. Tanto la dirección de las tropas como las operaciones para obtener recursos, las llevó a cabo acompañadas de una fuerte disciplina y, en algunas ocasiones, comportamientos inhumanos -toma de Villafranca por los carlistas, castigos a la población civil, etc.-, tónica que también existía en el bando liberal, aspecto en el que se hace hincapié reiteradas veces a lo largo del libro. Era la crueldad de la guerra. En este sentido, incluso medió el arbitrio internacional tras la firma del Convenio Elliot en abril de 1835,

⁸MONTERO, M. y VILLA, I. (2012), *Op. cit.*, p. 112.

⁹TZU, Sun (2009), *El arte de la guerra*, Evergreen, Colonia.

una vez que los actores internacionales -Cuádruple y Santa Alianza- habían tomado parte en el conflicto.

Y en una obra que narra un conflicto bélico e intereses enfrentados, no falta un acercamiento al arte de la guerra de la primera mitad del siglo XIX español. Un mayor y, a primera vista, mejor preparado ejército liberal –tanto en número de efectivos como en recursos materiales – capitaneado por prestigiosos generales, frente al carlista, un ejército menor en recursos y personas, pero no así de moral y entrega. Del mismo modo, se aborda la estratagema diplomática para acabar con la intentona carlista, resaltando las comunicaciones que se enviaron entre el propio Zumalacárregui y el general Vicente de Quesada. Pero de nada sirvieron: la guerra prosiguió hasta alcanzar límites de extrema crueldad y afectando, directa o indirectamente, a no pocos sectores de la población civil, tanto a los que apoyaban a Isabel II como a los partidarios de don Carlos.

Llegados a este punto de la lectura ya no hay dudas: aquella persona de letras se había convertido en el objetivo a batir por el Gobierno, ya que el tipo de guerra que practicaba hacía desesperar a las fuerzas isabelinas. Un ejército como el de Zumalacárregui, en poco más de un año, se había llevado por delante el prestigio y el *cursus honorum* de no pocos notables generales isabelinos: Sarlsfield, Rodil o Valdés, fueron algunas de sus víctimas, ya que fueron relegados a un segundo plano por el propio Gobierno. Y, aparte, había dado lugar a batallas o episodios que serían un refuerzo moral y toda una enseña para los carlistas: Abárzuza (marzo de 1834), Zalandieta, las incursiones para controlar la zona de Echarri-Aranaz o los valles de Guipúzcoa.

Laparte final del libro se dedica a la batalla más dura, que fue la que le costó la vida: el sitio de Bilbao en junio de 1835. Ya de por sí, en el embrionario Estado carlista asentado en el norte, existían intrigas cortesanas con la finalidad de restar importancia al papel de los militares, a lo que se unía un escaso apoyo económico internacional a la causa del Pretendiente. Y, en este contexto de pugnas, una de las decisiones tomadas fue la de ir a Bilbao, orden que Zumalacárregui acató, prácticamente, sin discutir. El único que se opuso al sitio de Bilbao fue Bruno de Villarreal, y razón no le faltaría. Su idea era ir a Vitoria, Burgos, y, finalmente, Madrid.

Planificado el asedio y apostado el ejército carlista frente a Bilbao, tras varias intentonas para acceder a la villa, el día 15 de junio de 1835 caería herido de muerte el

Tigre de las Améscoas, desenlace que, con toda seguridad, ni él mismo esperaba. Tras recibir el impacto de bala en su pierna, se negó a ser atendido por ningún otro médico que no fuese su curandero *Petriquillo*, decisión fatal que le acabaría costando la vida. Ordenó que le trasladaran a Cegama, y “tras una combinación de desgracias, males y negligencias”¹⁰, allí moriría el 24 de junio a las 10.45 de la mañana. Lo que pasó después, aún hoy en día, sigue siendo objeto de misterio.

Finalmente, el libro cierra con el Convenio de Vergara (1839), abordando la evolución de los personajes coetáneos a Zumalacárregui y la posterior senda del Carlismo durante el siglo XIX. De haber sobrevivido el general, se preguntan los autores, ¿hubiera tomado otro camino la guerra? El caso es que es imposible de averiguar y, además, es otra historia.

En resumidas cuentas, nos encontramos ante una obra en donde se repasa la figura del general guipuzcoano, atendiendo tanto a su trayectoria vital como a sus hechos militares más destacables, sin olvidar el contexto socio-político en el que vivió. Al mismo tiempo, se utilizan diferentes fuentes bibliográficas destacando las de sus biógrafos -Madrazo o Zaratiegui, que pueden ser consideradas fuentes primarias-, el imprescindible Pirala o un amplio abanico de autores que han escrito sobre el general en tiempos más recientes. Sin duda, una nueva obra que se suma, con un tratamiento acertado e integrador de lo ya escrito, a una vasta producción generada durante los siglos XIX y XX.

¹⁰MONTERO, M. y VILLA, I. (2012), *Op. cit.*, p. 240.